

Biblia y catequesis. Reflexiones de un escritorista

José Manuel Sánchez Caro
Universidad Pontificia de Salamanca

Introducción

Antes de iniciar mi exposición sobre la Biblia y la catequesis, conviene tener en cuenta desde qué perspectiva se presenta este trabajo, aclarando desde el principio los límites que tiene mi propuesta. El presente escrito proviene de un estudioso de la Biblia, que se dirige a quienes tienen encomendada, de un modo o de otro, la responsabilidad de la catequesis en sus iglesias particulares.

La relación entre Biblia y catequesis la he organizado, en consecuencia, desde la perspectiva de un escritorista que dialoga con catequistas, especialmente con responsables diocesanos de la catequesis. En primer lugar, bajo el título «La Biblia, libro para el catequista», intento proponer cuáles son los conocimientos y actitudes del catequista en relación con la Biblia: lo que debe conocer y cómo debe acercarse a ella. Dicho de otro modo, cuál es a mi juicio el bagaje bíblico ideal de un catequista, consciente por supuesto de que con frecuencia habrá que contentarse con el mínimo. En mi segunda exposición, «La Biblia, libro para la catequesis», parto de una sintética exposición histórica acerca de la relación Biblia y catequesis, para detenerme en el uso de la Biblia por los nuevos catecismos de la CEE y concluir con algunos modos de hacer presente la Biblia en la catequesis. Finalmente, en la tercera exposición, «Uso de la Escritura en catequesis: necesidades, dificultades, posibilidades», partiendo de la razón por la cual la Biblia es absolutamente necesaria en la catequesis, expongo algunas de las dificultades con que se encuentra el catequista en el uso de la Biblia, así como algunos instrumentos bíblicos existentes que pueden ser empleados en la catequesis.

I. La Biblia, libro para el catequista

Necesaria preparación bíblica del catequista

Comenzamos por aquello que un catequista debería conocer acerca de la Biblia. Y ha de ser lo primero y antes de cualquier otra cosa, la importancia que la Iglesia da a la Sagrada Escritura en el conjunto de la catequesis. Sobre ello tenemos no pocos documentos, varias veces elencados en algunos trabajos recientes, por lo que no es necesario repetir todo aquí¹. Nos baste recordar los dos documentos sobre la Biblia de mayor categoría. En primer lugar, por su importancia decisiva, hemos de tener siempre presentes las palabras del Concilio Vaticano II en la constitución *Dei Verbum*. Es la primera vez que un documento de tanta importancia habla de la imprescindible necesidad de conocer la Escritura por parte de todos en la Iglesia, así como de su necesaria presencia e influjo en la catequesis:

«El ministerio de la Palabra, que incluye la predicación pastoral, *la catequesis*, toda la instrucción cristiana y en puesto privilegiado la homilía, recibe de la palabra de la Escritura alimento saludable y por ella da frutos de santidad» (*Dei Verbum* = DV, n. 24).

«Por eso, todos los clérigos, especialmente los sacerdotes y todos aquellos que, como los diáconos y *catequistas*, se dedican de manera legítima al ministerio de la palabra, han de leer asiduamente y estudiar con atención la Escritura, para no volverse predicadores vacíos de la palabra, que no la escuchan por dentro...» (DV, n. 25).

Las palabras son importantes, primero, porque sitúan la catequesis en el contexto del ministerio de la Palabra de Dios, naturalmente con su carácter específico propio. En segundo lugar, porque es la Escritura la que provee de alimento saludable cualquier ejercicio del ministerio de la Palabra, también la catequesis. Finalmente, porque, en consonancia con la importancia decisiva de la Escritura en la catequesis, se deriva en el catequista la necesidad de conocerla, leerla y estudiarla.

1 Buena selección de textos del magisterio de la Iglesia en Julián Ruiz Martorell, «La Sagrada Escritura en la identidad y formación del catequista», *Actualidad Catequética* 233-4 (2012) 70-92; «La Palabra de Dios en el proceso de iniciación cristiana», *Actualidad Catequética* 245-6 (2015) 53-73; recordemos por su Actualidad las palabras del papa Francisco: «El estudio de las Sagradas Escrituras debe ser una puerta abierta a todos los creyentes. Es fundamental que la Palabra revelada fecunde radicalmente la catequesis y todos los esfuerzos por transmitir la fe. La evangelización requiere la familiaridad con la Palabra de Dios y esto exige a las diócesis, parroquias y a todas las agrupaciones católicas, proponer un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura orante personal y comunitaria. Nosotros no buscamos a tientas ni necesitamos esperar que Dios nos dirija la palabra, porque realmente «Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido sino que se ha mostrado». Acojamos el sublime tesoro de la Palabra revelada» (*Evangelii Gaudium*, n.175).

Sobre los dos primeros puntos, situar la catequesis en el ámbito del ministerio de la Palabra y, en consecuencia, integrarla en el ejercicio de la catequesis, hay ya buenos estudios, y a ello dedicaré además algunas breves reflexiones en mi segunda intervención. Aquí toma especial relieve el tercer punto, sobre el que podemos plantearnos un par de preguntas oportunas: qué significa para un catequista, como ministro de la Palabra de Dios, leer la Escritura asiduamente y, además, estudiarla con atención.

De un modo bastante completo ofrece ya una respuesta a las cuestiones indicadas la exhortación apostólica *Verbum Domini* (VD) de Benedicto XVI, año 2010, en el número 74, dedicado explícitamente a las relaciones entre la Sagrada Escritura y la catequesis². En él se recuerda el puesto central de la Palabra de Dios en la catequesis, se propone como modelo el encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús (Lc 4, 13-35), y se recogen algunos elementos básicos, tomados del Directorio General para la Catequesis, recordando que la catequesis «ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas, a través de un contacto asiduo con los mismos textos».

De todo ello, me parece que puede componerse un programa básico, que nos ayude a descubrir cómo puede ser la Sagrada Escritura- junto con el catecismo- libro decisivo para el catequista. En efecto, lo primero necesario que se deduce de todo lo visto, y que además pertenece al sentido común, es la necesidad para el catequista de un conocimiento básico sobre la Biblia. Luego, debe saber también cómo lee precisamente el catequista la Sagrada Escritura. En tercer lugar, éste ha de tener un conocimiento básico de lo que es el AT y el NT. Finalmente, conviene que conozca cuál es la importancia y el significado de la Biblia en la vida de la Iglesia. Veamos brevemente los cuatro apartados.

Conocimientos básicos sobre la Biblia

El catequista debe saber, en primer lugar, que la Biblia es un libro, mejor, una colección de libros antiguos, nacidos unos en el ámbito del pueblo de Israel, aproximadamente entre el siglo IX y el siglo I a.C. (AT), y otros en el seno de la comunidad cristiana, entre los años 70 y 110 d.C. (NT). Porque se trata de obras nacidas en contextos culturales

2 Puede ser interesante el trabajo del obispo de Segovia a partir de las proposiciones del Sínodo sobre la Palabra de Dios en la Iglesia, antes de aparecer la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*: Ángel Rubio Castro, «La Palabra de Dios en el Sínodo de los Obispos y consecuencias catequéticas», *Actualidad Catequética* 224 (2009) pp.45-54.

muy diferente al nuestro, no es fácil su comprensión adecuada y completa, sin un conocimiento previo, aunque sea elemental y sencillo, de ese contexto cultural. Un contexto del que siempre ha de ser consciente, y del que le informarán, en sus rasgos básicos, las introducciones y notas de su Biblia, que debe por tanto tener en cuenta. La Biblia cristiana, en sus dos partes, AT y NT, reflejan desde el punto de vista humano la cultura, las creencias y la identidad respectivamente del pueblo de Israel a lo largo de su historia, y de la comunidad cristianas durante sus años fundantes.

Pero, además, el catequista debe saber que la Biblia es para el cristiano Escritura Sagrada. Esto significa que, de alguna manera, misteriosa pero eficaz, Dios ha intervenido en la composición de las obras que componen su Biblia. Esta intervención se conoce en la Iglesia como inspiración bíblica, y consiste en que el Espíritu divino ha intervenido junto con cada autor humano a la hora de escribir definitivamente los libros que componen la Biblia, de tal manera que el resultado final es un escrito plenamente humano y plenamente divino³. No es imprescindible entrar en este caso en las explicaciones más teológicas de esta realidad cristiana. Pero sí es bueno, siguiendo en esto al concilio Vaticano II (DV, n.13), establecer un paralelismo entre Jesucristo y la palabra bíblica escrita. Si en el caso del Señor puede hablarse de un abajamiento o condescendencia del mismo Dios, para hacérsenos tan cercano que comparte nuestra misma carne (encarnación), en el caso de la Sagrada Escritura la Palabra de Dios, es decir, su deseo de comunicarse con el hombre por medio del lenguaje, se ha abajado y se nos ha hecho tan cercana como es para nosotros la palabra humana escrita (inspiración bíblica). Precisamente por este hecho, podemos decir de los escritores bíblicos que son escritores inspirados por Dios, sin perder su libertad y su propio genio humano; y podemos llamar a nuestra Biblia libro inspirado, Sagrada Escritura, es decir, escrito plenamente humano y a la vez plenamente de Dios.

El catequista debe saber, en consecuencia, que esta realidad profunda de la Biblia la convierte en un libro santo, en cuanto que, junto a reflejar todas las debilidades de los hombres, hace posible nuestra cercanía con la misma Palabra de Dios, capaz de comunicarnos la santidad de Dios, si la acogemos con humildad y abiertos a su verdad. Debe saber también, que por ser escritura inspirada puede convertirse para nosotros en palabra viva y eficaz, capaz de transformar nuestra vida y de

3 Una aproximación sencilla y fundamentada al misterio de la inspiración bíblica y sus consecuencias, en J.M. Sánchez Caro, *La palabra inspirada*, en: A. Trobajo (ed.), *La Palabra de Dios en lenguaje humano*, Colección *Teología en Diálogo* 10, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca 1994, pp.13-40.

ponernos en contacto directamente con el Señor Jesús, haciéndonos contemporáneos suyos. Debe saber asimismo, que por ser palabra escrita inspirada, contiene la verdad necesaria para nuestra salvación, mientras que por ser escrito plenamente humano participa de todas las debilidades propias de lo humano, es decir, de las limitaciones que van unidas a las culturas en las que nació: conocimiento científico limitado; diversidad de estilos literarios, unos mejores otros menos perfectos; diversas apreciaciones morales, especialmente antes de Cristo, que no siempre coinciden con los valores evangélicos propuestos por Jesucristo. Un conocimiento básico de todo esto parece imprescindible, para ser capaz de explicar algunos textos bíblicos que chocan con nuestra mentalidad moderna o con nuestro ideal cristiano.

Finalmente, en este apartado, el catequista debe conocer que el conjunto de libros que componen la Biblia no se ha formado al azar. Los libros de la Biblia hebrea han sido reconocidos por el pueblo judío mediante la guía del Espíritu Santo, y con intervención de grupos responsables del pueblo como los profetas o los maestros de la ley, como libros santos que encierran la Palabra misma de Dios a lo largo de su historia. Pero, sobre todo para el cristiano, son los libros que ha aceptado el mismo Jesús de Nazaret y que nos ha transmitido la generación apostólica, si bien en este caso en lengua hebrea y griega. Los escritos del NT han sido reconocidos por la comunidad cristiana bajo la guía del Espíritu Santo a lo largo de varios siglos, un reconocimiento que ha sido acogido con fe y veneración por las instancias autorizadas de la comunidad cristiana, por el magisterio de la Iglesia, que ha sancionado esta búsqueda en el concilio de Trento. No se trata de que la Iglesia haya establecido el canon o lista normativa de los libros sagrados por su cuenta, sino que ha ido descubriéndolos con la ayuda del Espíritu Santo como libros que en último término vienen de la Iglesia apostólica y que, por ello mismo, deben ser acogidos con veneración y respeto, para proponerlos de manera segura y sencilla a la comunidad cristiana mediante decisiones conciliares, como ocurrió en la sesión cuarta del concilio de Trento.

Cómo leer e interpretar la Biblia el catequista

Estos conocimientos básicos del catequista acerca de la Biblia son imprescindibles para entender el modo de lectura e interpretación que requiere el libro sagrado. Por ser un libro plenamente humano, el catequista debe tener un conocimiento, al menos elemental, del ambiente y la cultura en que nace cada libro bíblico, de manera que sepa situarlo aproximadamente en la época en que se escribe. Es muy conveniente

que tenga una noción, aunque sea sencilla, de lo que son los géneros literarios, para no leer ingenuamente muchos pasajes bíblicos, con el peligro de considerarlos «cuentos o escritos fantásticos». No es preciso entrar en los detalles de métodos y procedimientos interpretativos especiales. Se trata de que pueda leer con provecho las introducciones y notas de su Biblia, de manera que pueda usarla correctamente, sin caer en la sospecha de que se lee una obra totalmente alejada de la ciencia actual o, en el caso de algunos textos del AT, en la perplejidad ante pasajes que parecen chocar con lo propuesto por Jesús en los evangelios.

Pero, además, puesto que se trata de un libro en cuya composición ha intervenido también el Espíritu Santo, es preciso aprender a leer los textos con el mismo espíritu con que fueron compuestos. Esto significa que han de leerse en el seno de la Iglesia, ilustrada la lectura con su gran Tradición viva, que se manifiesta por medio de los escritos de los grandes padres de la Iglesia y por el uso que de esos textos se hace en la liturgia. Significa también que, aun siendo libros muy diferentes y compuestos en muy distintas circunstancias, el catequista ha de saber descubrir la profunda unidad de toda la Escritura, que de modo práctico podrá encontrar siguiendo el guión unificador de la historia de la salvación, así como leyendo toda la Biblia con los ojos de Jesucristo, es decir, como referida a él y hablando de él, anunciando velada o claramente su persona y su acción salvadora. Por último, al ser una lectura hecha en el seno de la comunidad de la Iglesia y en comunión con ella, la interpretación que el catequista hace de cualquier pasaje de la Escritura se sitúa siempre en el marco u horizonte de la fe de la Iglesia, lo que se traduce en la práctica en su consonancia con el símbolo de la fe y el catecismo.

La lectura catequética de la Biblia

Como ya he señalado antes, la exhortación apostólica del papa Benedicto XVI, *Verbum Domini* sobre la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia, tiene un par de interesantes párrafos que se dedican, de manera sucinta pero expresa, a presentar la relación entre Biblia y catequesis, particularmente desde la perspectiva del catequista (n. 74-75). Los responsables de la catequesis lo conocen bien y, en muchos casos, lo han leído y estudiado con detalle. Aquí baste con glosarlo brevemente y tratar de acercarlo a nuestra concreta realidad, porque considero que pueden descubrirse en sus concisas propuestas algunos caminos interesantes y originales, precisamente por ser procedimientos anclados en la Tradición viva de la Iglesia.

Propiamente, el documento no habla en directo de la Escritura, sino de la Palabra de Dios, que ha de tener un puesto central en la catequesis⁴. Pero, en este contexto, equivale prácticamente al uso de las Escrituras en la práctica catequética. De hecho, del ejemplo concreto que propone, y del que hablaré más adelante, es decir, el caso del encuentro de los dos discípulos de Emaús con Jesús, dice que «representa en cierto sentido el modelo de una catequesis en cuyo centro está la explicación de las Escrituras» (*Lc 24, 13-35*), explicación que solo Cristo puede dar. Son varias las indicaciones que en este caso podemos descubrir para el catequista. En primer lugar, es importante no olvidar nunca que la Escritura ha de tener un puesto central en su explicación catequética. En segundo lugar, la lectura que se haga de cualquier pasaje bíblico, ha de hacerse en último término con los ojos de Jesucristo, es decir, debe llevar y conducir a Cristo. Esto no significa que deba prescindirse de su sentido propio. Es precisamente a partir de su significado literal como el texto bíblico del AT nos llevará a Jesucristo, sin que debamos forzar el significado de los textos. El caso de las lecturas dominicales con la estrecha relación existente entre la primera lectura del AT y el evangelio es un ejemplo de cómo la Iglesia nos invita a descubrir el significado cristológico del AT no solo en la homilía litúrgica, sino también en la explicación catequética. Este es precisamente uno de los rasgos característicos de la lectura cristiana del AT. De hecho, la constitución *Dei Verbum* del concilio Vaticano II, sin olvidar que las Escrituras del AT «por sí mismo expresan el sentimiento vivo de Dios» y, aunque contengan algunas imperfecciones, en ellos «se encierran sublimes doctrinas acerca de Dios y una sabiduría salvadora sobre la vida del hombre, y tesoros admirables de oración» (DV, n. 15), subraya sobre todo, siguiendo a san Agustín, que «los libros del Antiguo Testamento recibidos íntegramente en la proclamación evangélica, adquieren y manifiestan su plena significación en el Nuevo Testamento» (DV, n. 16). De las consecuencias prácticas de todo esto, hablaré en el próximo trabajo. Finalmente, y en tercer lugar, recordemos que el relato de Emaús concluye con el reconocimiento del Señor resucitado en la fracción del pan, es decir, en la celebración eucarística. Nos es éste un detalle sin importancia para el catequista. En último término toda catequesis ha de llevar al encuentro

4 Sobre la relación entre Palabra de Dios y Escritura, véanse recientemente los trabajos de Juan Carlos Carvajal Blanco, «La Sagrada Escritura en la catequesis de Iniciación Cristiana», en Jorge J. Fernández . Sangrador, Juan A. Mayoral (eds.), *La Sagrada Escritura en la Iglesia*. Actas del Congreso con motivo de la publicación de la Sagrada Biblia, versión oficial de la Conferencia Episcopal Española (7 al 9 de febrero de 2011), Madrid, BAC 2015, pp.267-298, especialmente 271-81; J.M. Sánchez Caro, «Palabra de Dios y Escritura en el XII Sínodo de los Obispos. Una reflexión sobre las proposiciones doctrinales», en J.-R. Flecha (Coord.), *La semilla de la palabra de Dios*. Cátedra Cardenal Ernesto Ruffini 7, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca 2010, 51-67; «La Palabra de Dios, fuente y origen de la Tradición y la Escritura». Comentario a VD, nn. 6-21", *Estudios Bíblicos* 69 (2011) 381-410.

con el Señor y por ello, en algún momento, según la madurez del catecúmeno, se convierte en catequesis mistagógica, es decir, en guía para incorporarse a la celebración litúrgica de la comunidad, especialmente a la celebración eucarística dominical.

Para conseguir esto, la exhortación *Verbum Domini*, usando en este caso el *Directorio General para la Catequesis*, recuerda consecuentemente que el catequista «ha de estar totalmente impregnado por el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas, a través de un contacto asiduo con los mismos textos»; recordando a la vez que «la catequesis será tanto más rica y eficaz cuanto más lea los textos con la inteligencia y el corazón de la Iglesia» (VD, n. 74). Esto exige, por una parte, una cierta preparación bíblica, como ya he dicho; pero, al mismo tiempo, lleva consigo que esta preparación no quede únicamente en el ámbito de lo intelectual, sino que conduzca a percibir las palabras de la Escritura «como palabras vivas, al igual que Cristo está vivo hoy donde dos o tres se reúnen en su nombre (cf. Mt 18, 20)» (VD, n. 74).

Por supuesto, la contrapartida de esta exigencia es la obligación que tienen las instituciones apropiadas de la Iglesia de ofrecer una adecuada formación a los catequistas en centros o instituciones oportunas, donde la finalidad de esta formación coincida con lo que acertadamente propone la exhortación postsinodal: aprender a «comprender, vivir y anunciar la Palabra de Dios» (VD, n. 75). Es importante tener en cuenta estos matices. La preparación del catequista podrá ser más o menos profunda, según las capacidades del catequista, sus responsabilidades y los medios de que se disponga. Pero en ningún caso puede limitarse a un conocimiento puramente técnico de la Biblia, de sus métodos de interpretación, del aprendizaje de una exégesis neutra. El catequista, a la vez que se forma en algunas de las imprescindibles cuestiones para un uso adecuado de la Biblia en la catequesis, ha de ir adquiriendo un mayor aprecio por la Escritura, que se haga presente en su forma misma de vivir. Solo así podrá contagiar el amor y entusiasmo por la Escritura a los catecúmenos o catequizandos.

Cómo acercarse el catequista a la Biblia

De todo cuanto he dicho hasta ahora, podemos decir en resumen que:

- el catequista trata de comprender la Sagrada Escritura, al menos en un nivel básico, porque es consciente de la dificultad que como libro antiguo tiene para el lector actual;

- el catequista intenta descubrir en la Sagrada Escritura una palabra que oriente su vida, porque sabe por fe que está escuchando la palabra de Dios;
- el catequista intenta cumplir las dos exigencias anteriores, porque ha de anunciar esta palabra en la catequesis, de modo que sea básicamente comprendida y espiritualmente vivida por aquellos a quienes da catequesis.

Cómo conseguir esta meta es la última parte de mi exposición. En ella quisiera presentar unas breves indicaciones sobre la lectura e interpretación de la Biblia, referida específicamente al catequista. Por supuesto, como para cualquier otro lector católico de la Biblia, los criterios básicos, según ya he indicado, son los que se encuentran en DV, n.12. Pero aquí los voy a integrar en lo que yo llamaría el acercamiento específico del catequista a la Sagrada Escritura

En primer lugar, y aunque parezca algo lejano a nuestro propósito, es preciso que el catequista ilustrado se acerque a la Biblia desde el ángulo humano-cultural. Del mismo modo que nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo se lo quiera revelar (cf. *Mt* 11, 27; *Lc* 10, 22), y de la misma manera que es por la humanidad de Cristo como podemos llegar a saber algo de su divinidad, así mismo Dios ha querido hablarnos su palabra mediante palabras humanas. Si no logramos entender éstas, nos quedaremos sin comprender el mensaje que él nos trae. Todo lector de la Biblia se enfrenta a una construcción cultural concreta, y ha de tener las claves suficientes para poder acercarse a ella con provecho. Aquí radica la necesidad de poseer algunos conocimientos básicos sobre la Biblia como libro humano, perteneciente a una época concreta, deudor de una cultura determinada. Es verdad que el ámbito cristiano en el que se lee la Biblia nos provee ya de unas claves que hacen que nuestro acercamiento a la Biblia sea el acercamiento a un libro que no nos resulta extraño: pertenece a nuestra cultura cristiana, que ha enriquecido a su vez la cultura humana occidental con sus imágenes, su lenguaje y su pensamiento. Pero esto es insuficiente la mayoría de las veces para el catequista, que necesita un acercamiento algo más completo. A mi juicio en este ámbito debería poseer un conocimiento, aunque fuera elemental, del tiempo y el pueblo en que nació la Biblia; ser capaz de una aproximación a lo que son los géneros literarios bíblicos; tener una cercanía cordial al espíritu oriental que predomina en el libro; y haber adquirido unas nociones básicas de historia sagrada. No estaría de sobra algún conocimiento general de la influencia de la Biblia en la cultura occidental en que nos movemos. De

esta manera, el conjunto de estos conocimientos le harán más cercano el libro y su contenido, a la vez que le han de proporcionar un suelo común incluso con quien no comparte la fe cristiana, pero sí comparte muchos elementos de la cultura común en que nos movemos.

En segundo lugar, lo cual no quiere decir que sea menos importante, el catequista debe ejercitarse también en el acercamiento creyente cristiano a la Biblia. Así, debe saber que se trata de un conjunto de libros inspirados, que han nacido en el pueblo de Israel o en la comunidad cristiana primera, que ésta los ha reconocido como libros sagrados y los ha considerado canónicos, es decir, normativos para el cristiano. De este modo, el catequista reconoce en la Biblia su Escritura Sagrada, transforma su conocimiento de la historia sagrada en conocimiento de la historia de salvación, y pone como centro de su comprensión de la Biblia la persona y la palabra de Jesucristo. Dicho de otro modo, aprende a leer la Escritura con los ojos del Maestro Jesús, como discípulo suyo. Descubre que hacia él tienden los escritos todos del AT, que de él hablan en último término, y que en él se cumplen las expectativas del pueblo de Israel. Escucha en las palabras de NT la misma Palabra del Señor, y acoge los escritos de los apóstoles como palabra viva de Dios a él dirigida. Sabe que, aunque todos los escritos de la Biblia son santos, los escritos preferentes del catequista han de ser sin duda alguna los evangelios, e inmediatamente los Hechos de los Apóstoles y los salmos. No olvidemos que evangelios y salmos son el alimento tradicional del cristiano a lo largo de la historia de la Iglesia, y por eso se ha editado con tanta frecuencia unidos.

Pero no es esto todo. Hay un tercer acercamiento también muy importante. Me refiero al acercamiento litúrgico. Desde el mismo comienzo de la vida de la Iglesia, el lugar preferente de la comunidad cristiana para leer (o escuchar) la Escritura Santa ha sido la celebración litúrgica, especialmente la celebración de la Eucaristía. El catequista debe tener un conocimiento básico de la composición de los leccionarios, de los criterios de selección de los textos bíblicos, de la importancia de la proclamación de la Escritura en medio de la asamblea celebrante y del misterio profundo de la presencia de Cristo en la palabra proclamada de la Escritura: «Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla», dice la constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia n. 7, cuando habla de las diversas presencias de Cristo en la asamblea celebrante. Este acercamiento a la Escritura es tanto más necesario para el catequista, cuanto en no pocas ocasiones tendrá que actuar de mistagogo con sus catecúmenos, especialmente en los casos de preparación para la recepción de

algún sacramento, como en las catequesis de primera comunión y de confirmación.

Finalmente, es decisivo para el catequista el acercamiento orante a la Sagrada Escritura. Recordemos que el mismo Concilio Vaticano II recomienda leer la Escritura y convertir esa lectura en oración: «No olviden –dice la constitución *Dei Verbum* 27– que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque a Él hablamos cuando oramos, y a El oímos cuando leemos las palabras divinas». El catequista debería, por tanto, conocer de manera sencilla el método básico de la lectura orante de la Biblia o *lectio divina*, que con tanta insistencia recomienda el Sínodo sobre la Palabra de Dios y recoge el papa Benedicto XVI en su exhortación apostólica *Verbum Domini* nn. 86-87. Aprender a orar con la Biblia, hacerlo en comunidad, convertir la lectura en meditación reflexiva y oración confiada, abrirse a la contemplación de la palabra de Dios, y tratar de llevarla a la vida de cada día es no solamente un modo necesario de acercarse el catequista a la Escritura, sino también una práctica que, en determinadas ocasiones, deberá practicar con sus catecúmenos, como desembocadura y conclusión final de una catequesis o un ciclo de ellas.

Conclusión

A poco que se haya seguido mi exposición, el lector habrá constatado, pues son cosas que sin duda conoce perfectamente, que el resultado de mis palabras es un programa elemental de formación bíblica del catequista. En efecto, en dos puntos básicos he querido encerrar este programa, que por supuesto ha de ser elemental y sin pretensiones de conocimiento exhaustivo, pero muy conveniente e incluso necesario: qué ha de conocer un catequista sobre la Biblia y cómo el catequista tiene que acercarse a la Biblia.

En el primer apartado, teniendo en cuenta la naturaleza humano-divina de la Escritura, he propuesto un conocimiento de la naturaleza de la Biblia, que es libro a la vez humano y palabra de Dios; he planteado una breve introducción al canon bíblico a partir de la experiencia histórica y sobrenatural de la Iglesia, reconociendo los libros inspirados, recibéndolos con piedad y veneración y proclamándolos para ayuda de todos los cristianos en una colección canónica o normativa; y he subrayado un mínimo de conocimiento sobre su contenido, en forma de historia sagrada e historia de la salvación.

En el segundo apartado he intentado describir el acercamiento específico del catequista a la Biblia, un acercamiento que tiene muchos elementos comunes con el que ha de hacer cualquier cristiano formado, pero que encierra también algunos puntos específicos. He hablado del acercamiento humano-cultural, muy necesario para poder dialogar sobre la Biblia también con el no creyente y para poder solucionar algunas preguntas que los catequizandos le van a plantear (de ello hablaré más adelante). A éste ha de unirse el acercamiento específicamente cristiano y creyente a una Biblia que es Sagrada Escritura para el catequista. En este punto el catequista ha de conocer cómo el concepto de historia de salvación puede unificar AT y NT, siempre que en el centro de ella se halle Cristo, veladamente presente en el AT y plenamente revelado en el NT, especialmente en su pasión, muerte y resurrección. Es propio también del catequista el acercamiento litúrgico a la Escritura, el conocimiento de lo que significa la proclamación litúrgica de la Palabra de Dios, así como de la presencia de Cristo en la palabra proclamada. Finalmente, es propio del catequista el acercamiento orante a la Escritura, tal como acabo de explicar.

He aquí un programa que merecería la pena elaborar, que no tiene por qué ser ni largo ni difícil, que se puede integrar en los cursos de preparación de catequistas y que mejoraría la relación cordial que ya existe entre el catequista y la Biblia.

II. La Biblia, libro para la catequesis

1. Introducción

La exposición anterior se ha centrado en lo que el catequista debe conocer sobre la Biblia, para que su misión y servicio sea de acuerdo con la orientación de la Iglesia. En esta segunda intervención quisiera centrarme en la relación existente entre Biblia y catequesis. De aquí el título, «La Biblia, libro para la catequesis». Por supuesto, la Biblia no es el catecismo, que junto con ella componen los dos libros específicos para la catequesis. Desgraciadamente, como veremos, no siempre catecismo y Biblia han caminado explícitamente unidos. La historia de las relaciones entre Biblia y catecismo refleja la compleja y con frecuencia dolorosa historia de la lectura de la Biblia en lenguas vulgares, especialmente en la historia de la Iglesia española. Por eso me ha parecido oportuno añadir algunos testimonios históricos de esa necesaria relación, para que comprendamos mejor el punto al que hoy afortunadamente hemos llegado.

2. Una breve, pero necesaria incursión histórica

No se trata en este punto de hacer una historia de la catequesis, de lo cual tenemos hoy afortunadamente espléndidos trabajos en nuestra lengua⁵. Aquí se trata solo de hacer un acercamiento a los momentos más significativos a lo largo de la historia, para ayudarnos a plantear bien la cuestión.

La catequesis en el NT

Podríamos comenzar por hablar de la catequesis en la primera Iglesia. Si entendemos por catequesis la enseñanza detallada y sistemática, que sigue a la respuesta positiva al anuncio kerigmático, podríamos decir que los orígenes de esa catequesis se encuentran en la enseñanza de Jesús a sus discípulos en determinados momentos, cuando los aparta del bullicio general y los instruye detenidamente sobre el reino de Dios. Mateo es quizá quien ha sistematizado estas enseñanzas de manera más clara, al recoger las enseñanzas de Jesús en cinco discursos bien elaborados, pensando sin duda en las necesidades de la comunidad a la que iba dirigida su escrito. El sermón de la montaña se abre con esta indicación, dirigida directamente a sus discípulos, aunque implícitamente habla también al gentío que le escucha: «Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y abriendo su boca les enseñaba diciendo...» (*Mt 5, 1-2*). Jesús actúa aquí como un maestro de la época, por eso está en un lugar prominente, se sienta y enseña (*edídasken*, enseñaba). Los capítulos de *Mt 5-7* siguientes son una clara sistematización de la enseñanza de Jesús, a partir de diversas palabras y enseñanzas cuyas pronunciadas en diferentes momentos y ocasiones, como puede descubrirse simplemente observando una sinopsis evangélica y viendo dónde los otros evangelios sinópticos sitúan las enseñanzas de Jesús que *Mt* organiza en estos capítulos. Con pequeñas variantes, lo mismo puede observarse en los otros cuatro discursos de Jesús organizados por *Mt 10, 13, 18, 23-25*, quien nos hace ver claramente cómo Jesús enseñaba más despacio y con más detalle a sus discípulos, después de que hubiera anunciado el reino de Dios predicando a la gente en general. Así, por ejemplo, cuando acabada la predicación se retiran a casa y Jesús, a petición de sus discípulos, les explica con detalle el sentido de las parábolas pronunciadas (cf. *Mt 13, 36-53*).

5 Recordemos, aunque solo sea de pasada, los trabajos de Luis Resines Llorente, *La catequesis en España. Historia y textos*, Madrid, BAC 1997; y también los de Juan Luis Martín Barrios, *La dimensión bíblica de la pastoral catequética en España desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días*, Roma, Pontificia Università Salesiana 1992 (tesis doctoral); *La dimensión bíblica de la pastoral catequética en España desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días* (excerptum e dissertatione ad lauream), Roma, Pontificia Universitas Salesiana, Facultas Theologiae 1992.

Muy pronto la catequesis pasa a formar parte de las actividades específicas de la comunidad cristiana. Así, en la primera comunidad cristiana, si nos atenemos a cuanto nos dice *Hch 2, 42*, eran cuatro las actividades fundamentales en las que asiduamente y de modo perseverante debía participar el grupo de los creyentes: «en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones». Es interesante observar que el primero es la *didakhé ton apostolon*. No se trata en este caso del anuncio del evangelio, del *kerygma*, que es lo que había hecho Pedro tras el acontecimiento de Pentecostés (*Hch 2, 14-36*), sino de una enseñanza (*didakhé*) más reposada y detenida, en la que había que perseverar. Nada tiene de extraño que por este tiempo se produzca lo que es prácticamente el primer catecismo de la historia de la Iglesia, que lleva justo este nombre, *Didakhé*, si bien se trata más de un pequeño conjunto de normas morales, litúrgicas y disciplinares para uso de una comunidad cristiana, que de un catecismo propiamente dicho, tal como estamos acostumbrados a manejar.

Reflejo claro de la actividad catequética de la primera Iglesia, también en Hch, pueden considerarse las referencias a la enseñanza que Pablo organizaba para aquellos, que habían respondido positivamente a su predicación en las sinagogas visitadas. Así, se nos informa de que en Corinto reside en casa de Ticio Justo un pagano simpatizante del judaísmo. Allí, «se quedó ...un año y medio, enseñando entre ellos la palabra de Dios» (*Hch 18, 11*). Se trata claramente de una enseñanza más detallada y sistemática que los discursos kerigmáticos pronunciados en la sinagoga. Algo parecido sucede en Éfeso, donde Pablo, después de ser expulsado de la sinagoga, «se llevó a los discípulos y discutía (*dialegómenos*) con ellos todos los días en la escuela de Tirano. Esto duró dos años» (*Hch 19, 9-10*). El verbo significa propiamente en este contexto organizar debates, de manera que todos pudiesen participar, naturalmente bajo la autoridad del maestro, que en este caso es Pablo. Interesante matiz, que habla ya de una catequesis «dialogada». Por otra parte, mi afirmación de que se trataba de una enseñanza sistemática, y por tanto catequética, se refuerza si tenemos en cuenta el texto occidental (códice D) de Hch, donde se precisa que Pablo enseñaba allí desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde (nota de la Biblia de Jerusalén, revisión 2009).

El mismo Pablo alude en sus cartas al menos dos veces a esta enseñanza sistemática, la que él primero recibió y la que él mismo impartía, y que e4vocxa de nuevo en sus escritos. En efecto, así puede apreciarse tanto cuando recuerda a los corintios su enseñanza sobre la eucaristía, como cuando precisa la doctrina sobre la resurrección de Jesucristo

(1 Cor 11, 2; 15, 3). En ambos casos usa la fórmula de la transmisión de la tradición: «Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado...»; «Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados...». En ambos casos se afirma que Pablo ha recibido una tradición, incluso probablemente aprendiendo el texto de memoria, que aquí se repite; y que él, siguiendo el mismo procedimiento, lo había transmitido fielmente a los corintios, con la misma fórmula que ahora escribe de nuevo, para que vuelvan a recordarla. Esta transmisión de la tradición se hace en la catequesis y en la celebración litúrgica. Ambos son los lugares privilegiados para ello. Pablo nos informa implícitamente aquí, por tanto, que él asistió a la catequesis, donde aprendió estas fórmulas sobre la eucaristía y la resurrección; y que él, tras los discursos anunciando el evangelio de Jesús (*kerygma*), daba catequesis, enseñando las fórmulas tradicionales a quienes se habían convertido a su vez en discípulos del Señor Jesús.

Basten estos apuntes, para recordar que la catequesis, concebida como enseñanza pausada, sistemática, de los contenidos de la fe, del estilo cristiano de vida, de la liturgia y la oración cristiana nacen con la misma Iglesia y tienen sus raíces en los apóstoles y, si nos atenemos a cuanto dicen los evangelios sinópticos, en el mismo modo y estilo de enseñar Jesús a sus discípulos.

*La relación natural catequesis-Biblia en la Iglesia de los Padres.
Dos ejemplos: san Cirilo de Jerusalén, san Agustín*

Damos ahora un salto cronológico. Nos situamos a finales del siglo IV, en un momento en que la Iglesia, para bien y para mal, se ha organizado utilizando en gran parte las mismas estructuras del imperio romano, que ha hecho del cristianismo, primero, una religión lícita, después, su religión oficial. Este siglo y el siguiente hay grandes catequistas en toda la Iglesia, entre otras cosas porque la catequesis a los adultos que se convertían a la fe cristiana estaba organizada mediante lo que hoy llamaríamos una serie de protocolos específicos, bien conocidos por la comunidad. No se trata aquí de repetir estas normas, con las variantes propias de cada lugar. El hecho es que una organización de este tipo daba lugar, como no podía ser de otra manera, a las imprescindibles enseñanzas, que ahora comienzan a llamarse en el mundo cristiano catequesis. Para poner de relieve la relación entre catequesis y Biblia he elegido dos obras concretas bien conocidas. Las catequesis de san Cirilo de Jerusalén, que han llegado hasta nosotros, y el tratadito

sobre la catequesis a principiantes, que escribió san Agustín a petición del diácono de Cartago Deogracias. Ambas pertenecen a la época más floreciente del catecumenado. Las catequesis de san Cirilo hay que situarlas en la segunda mitad del siglo IV; el tratadito de san Agustín se escribe hacia el año 400. No se trata aquí de analizar ambos textos, que por otra parte cuentan con buenos y abundantes estudios. Solo intentar descubrir lo que nos dicen sobre la relación Biblia-catequesis.

Deteniéndonos primero en las catequesis de San Cirilo de Jerusalén, basta echar una ojeada al índice de las catequesis sobre el símbolo, para descubrir la riqueza bíblica que contienen⁶. Según mis cálculos, aparte los temas bíblicos que se tratan, que son muchísimos, desde un punto de vista puramente numérico, por cada página de la catequesis hay más de diez citas bíblicas, explícitas o implícitas. Es decir, la catequesis, que va explicando el símbolo de los apóstoles, desentraña su contenido en gran parte mediante textos, ejemplos, referencias a la Sagrada Escritura. Y es notable que, en la catequesis cuarta, dedicada a los diez dogmas básicos de la Iglesia, uno de ellos es precisamente la Sagrada Escritura, de la cual se enseña, que es divinamente inspirada desde el AT, que preanuncia a Cristo y nos conduce con pedagogía divina hasta Cristo mediante la Ley y los Profetas, hasta el Nuevo Testamento, que manifiesta a Cristo mismo (*Cat 4, 33*). Insistentemente pide a los catecúmenos que lean la divina Escritura, Antiguo y Nuevo Testamento, uno y otro procedentes del mismo y único Dios. De ambos hace una presentación completa, enumerando cada uno de los libros que contienen. Por supuesto, cada una de las catequesis está precedida por la lectura de un pasaje bíblico. Y el símbolo de la fe que se explica en las catequesis se concibe, según la tradición, como una síntesis en pocas líneas de toda la fe, confirmada por la Sagrada Escritura:

«Y porque no todos pueden leer la Escritura, ya que a unos les falta preparación, a otros la falta de tiempo disponible les impide llegar a conocerla, para que el alma no se pierda por falta de instrucción, abarcamos toda la doctrina de la fe en unas pocas líneas».

Y un poco más adelante, después de pedirles que aprendan de memoria el símbolo, con sus mismas palabras, prosigue:

«Durante el tiempo que haga falta recibe la demostración que la Divina Escritura da sobre cada una de las verdades contenidas. Porque el compendio de la fe no se realizó atendiendo al parecer de hombres, sino después de recoger de toda la Escritura las partes principales, que formarían una comple-

⁶ Utilizo aquí, *Cirilo de Jerusalén. Catequesis*, Introducción, traducción y notas de Jesús Sancho Bielsa, Madrid, Ciudad Nueva 2006.

ta enseñanza de la fe. Y del mismo modo que el grano de mostaza contiene muchos ramos en una simiente pequeña, así también esta fe encierra en su seno con pocas palabras todo el conocimiento de la religión contenida en el Antiguo y en el Nuevo Testamento» (*Cat 5, 12*)⁷.

Finalmente, por no seguir relejendo estas catequesis admirables, recojamos una expresión de san Cirilo en la catequesis 16 dedicada al Espíritu Santo. Después de pedir la ayuda de la gracia para hablar rectamente y para que rectamente comprendan quienes le escuchan, dice:

«Por tanto, no salga de nuestra boca más de lo que dice la Escritura acerca del Espíritu Santo; y si algo no aparece en la Escritura, no andemos curioseando. El Espíritu Santo en persona dictó las Escrituras; y Él dijo de sí mismo lo que quería que se dijera, o lo que correspondía a nuestra capacidad de comprensión» (*Cat 16, 2*).

Aparece la convicción del catequista, de que en último término lo que hay que decir es lo que dice la Escritura, eso es lo que hay que explicar y lo que constituye la sustancia y el meollo de toda catequesis. Lo cual no era en este momento ninguna afirmación extraña. En estos siglos del esplendor de la patrística, no debemos olvidar que la teología se hace comentando de un modo u otro la Sagrada Escritura, hasta el punto de que se llama teólogo a quien explica en la Iglesia las divinas Letras.

El caso de san Agustín es un poco diferente. El librito *De catechizandis rudibus*, «La catequesis de los principiantes», como traduce el editor agustino en la colección de las obras agustinianas en la BAC⁸. Se trata de un breve escrito sobre la catequesis a aquellos que se acercan por primera vez a la Iglesia con el deseo de conocer su doctrina y, quizás, apuntarse después al catecumenado correspondiente. Responde al deseo del diácono de la Iglesia de Cartago, Deogracias, de tener unas orientaciones prácticas para sus catequesis. San Agustín, después de dar unos consejos sobre cómo ser catequista, recordando especialmente que hay que ejercer de tal con gozo y alegría, como quien reparte algo muy precioso a otros, inicia así su exposición sobre el método y el arte de la catequesis:

«Tenemos una exposición completa cuando la catequesis comienza por la frase: *Al principio creó Dios el cielo y la tierra*, y termina en el período actual de la historia de la Iglesia» (*De cat. III, 5*).

7 Esta doctrina es tradicional. Véase por ejemplo, con otras palabras, la misma convicción en su exposición sobre la fe y el símbolo de los apóstoles (*De fide et simbolo*), cf. *Obras completas de San Agustín*, vol. XXXIX: *Escritos varios (11)*, Madrid, BAC 1988, pp.386-387.

8 Sigo la traducción y notas de José Oroz Reta en el vol. XXXIX de las obras de san Agustín en la editorial BAC, citado en la nota anterior. El texto latino y la traducción ocupan las páginas 423-534.

Es un comienzo en cierto modo sorprendente. La catequesis por tanto consiste en la explicación de la Escritura, e incluso en el relato de la historia de la Iglesia. Si lo primero era bastante habitual en obras del tiempo, como las *Constitutiones Apostolorum* o la *Demonstratio praedicationis apostolicae* de San Ireneo, la inclusión de la historia de la Iglesia como continuación de la historia de salvación es algo nuevo, sugerido por san Agustín. Muchos siglos después, en 1682, la misma iniciativa es recogida en su *Cathécisme historique* por el eclesiástico e historiador de la Iglesia Claude Fleury, y tendrá una grande influencia en todos nuestros catecismos españoles del siglo XVIII y XIX.

Por supuesto, san Agustín no quiere que se lea y explique en la catequesis, y menos en una dirigida a principiantes, toda la Escritura. «Hay que compendiar de forma resumida y general todas las cosas», matiza el santo obispo (*De cat.* III, 5). Y, tras explicar las distintas motivaciones por las que un pagano puede pedir instrucción en la Iglesia, a aquellos que lo solicitan por inspiración divina, se les ofrece la primera instrucción, de modo que

«su atención debe pasar del mundo de los milagros y fantasías a ese otro más sólido de las Escrituras y de las profecías más ciertas, a fin de que se dé cuenta de la gran misericordia que Dios ha empleado con él al enviarle aquella advertencia antes de acercarse a las Santas Escrituras» (*De cat.* VI, 10).

Este es el momento en el que empieza a instruírsele mediante la *narratio*, esto es, el relato de lo que Dios ha hecho, desde la creación hasta la historia de la Iglesia actual. Solo después, terminada la *narratio*, se accede a la exposición de la fe y la moral (*De cat.* VII, 11). San Agustín, después de una exposición acerca de las actitudes del catequizando y de la disposición del catequista, comienza a exponer la historia de la salvación desde el relato de la salvación, que se distribuye en cinco edades del mundo, y una sexta que comienza con la encarnación del Hijo de Dios, la cual concluirá con la séptima y definitiva edad, cuando el Señor resucitado vuelva al final de los tiempos. Es durante la sexta edad, donde san Agustín sitúa la historia de Jesús y la vida de la Iglesia, que dará término con la resurrección de la carne. Tanto en la exposición amplia de este programa (c. XVIII-XXV), como en el resumen breve que ofrece (c. XXVI-XXVII), el contenido básico es la historia de la salvación tal como es contenida en la Escritura y recibida en la Iglesia, comunicada no al estilo del profesor de exégesis, sino del catequista, que muestra la enseñanza de la Escritura desde los ojos de Cristo y en plena y cordial comunión con la Iglesia.

Un catecismo reformista: Bartolomé de Carranza y los catecismos de la contrarreforma: Ripalda y Astete

En esta especie de muestrario que voy presentando, llega ahora el turno a los catecismos de los tiempos de la reforma cristiana, de la reforma protestante y de la contrarreforma. Si hubo un tiempo en que florecieron los catecismos, ese es el siglo XVI, tanto por lo que se refiere a los catecismos amplios, dirigidos a sacerdotes y personas cultas, como los catecismos breves, «cartillas de la doctrina» como se decía, y que el niño debía aprenderse de memoria en la catequesis. En su introducción al Catecismo de Carranza, Ignacio Tellechea recuerda, entre los catecismos protestantes (que también podían llevar el nombre de *Enchiridion* o *Institutio*) los catecismos de Melancthon, Agrícola, Capito, Ecolampadio y, por supuesto, los de Lutero y Calvino. Entre los católicos, recuerda las obras de Erasmo, Witzel, Auger, Brunet, Fabri, Contarini, Tittelman, Canisio y otros. En España publican obras semejantes Hernando de Talavera, Juan de Valdés, Meneses, Constantino Ponce, Domingo y Pedro de Soto, Juan de Ávila, Martín Pérez de Ayala, entre otros. Todos ellos predecesores de los clásicos catecismos de Astete y Ripalda⁹. Por su parte, el concilio de Trento decide la publicación de un catecismo para toda la Iglesia, que aparece publicado por primera vez en 1566 y se convierte en el texto de referencia para todos los demás. Pero unos años antes, en 1558, el dominico fray Bartolomé de Carranza publica en Amberes su catecismo con comentarios, en el que sigue la distribución clásica en cuatro partes: Símbolo, Decálogo, Sacramentos, Oración (padrenuestro). Pero a nosotros nos interesa ahora por su riqueza bíblica, una de las causas de tantas críticas recibidas y razón última por la cual fue recluido en el índice de libros prohibidos.

Bartolomé de Carranza escribe su catecismo en Inglaterra, cuando está allí en tiempos del matrimonio de Felipe II con María I de Inglaterra (1554-1558), tratando de restaurar el catolicismo, antes de volver a Flandes y de ser nombrado arzobispo de Toledo¹⁰. Lo escribe «para mostrar los fundamentos de la verdad y responder a los herejes», como dice en la introducción (I, 109). Es una obra singular y de gran importancia. Pero, además, tiene un gran interés en nuestro caso. Carranza

9 Para los catecismos españoles del siglo XVI, cf. J.R. Guerrero, «Catecismos de autores españoles de la primera mitad del siglo XVI (1500-1559)», en *Repertorio de Historia de las ciencias eclesiásticas en España II*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1971, 225-260; cf. también la *Historia de la Catequesis en España* de Luis Resines, ya citada, y la introducción y edición de los catecismos clásicos del mismo, *Catecismos de Astete y Ripalda*, Madrid, BAC 1987.

10 Uso la edición de J.I. Tellechea, Bartolomé de Carranza Miranda, *Comentarios sobre el Catecismo christiano*. Ed. críticas y estudio histórico por José Ignacio Tellechea Idígoras, Madrid, BAC 1972, 2. vol. Cito las páginas de esta edición.

participó plenamente en la discusión que el concilio de Trento protagonizara sobre si convenía que el pueblo cristiano leyera o no directamente la Biblia en lengua vulgar. Él se muestra equilibrado en su parecer. No conviene dejarla a los que no están preparados para ellos, pero puede y debe ser leída por quienes tienen suficiente preparación, sean estos hombres o mujeres, clérigos o laicos (I, 109-115). Y ese amor e interés por la Biblia se pone de manifiesto claramente en su Catecismo. En primer lugar, todo él, aun conservando el esquema tradicional, está sembrado de textos bíblicos comentados, respondiendo así a una de las razones de escribir esta obra, poner a disposición de los cristianos las verdades de la fe mediante textos de la Escritura, pero aclarados con la sabiduría de la Iglesia. En segundo lugar, toda la primera parte, es decir, la explicación del símbolo, es en el fondo un relato de la historia de salvación, que toma extraordinario vuelo sobre todo a la hora de desarrollar la segunda parte del símbolo apostólico, «la cual contiene los misterios de la redención del linaje humano» (I, 162). En realidad se trata de presentar la persona de Jesucristo y su obra redentora. Como ésta no se explica sin el pecado del hombre, toma pie de la historia de Adán y Eva, para recorrer toda la historia sagrada contenida en el AT, hasta llegar al nacimiento de Jesús de Nazaret (I, 162-202). Siguiendo con el desarrollo de la persona y misterios de Jesucristo hasta su última venida (I, 202-339). Casi doscientas páginas de un libro en formato grande, que contienen el corazón de su catecismo.

Pero no solo en la explicación del símbolo. También en las otras secciones la Biblia adquiere siempre carta de protagonismo. Así la segunda parte, construida como un comentario al decálogo de Moisés; la tercera, con el guión obligado de los siete sacramentos, es quizás la menos explícitamente bíblica, a pesar de que está sembrada de referencias constantes a la Escritura. La cuarta y última, que trata de la oración, el ayuno y la limosna, «tres obras principales de la vida cristiana», vuelve en directo a la Escritura, especialmente al comentar la oración del Señor, el padrenuestro, uno de los comentarios clásicos sobre la oración a lo largo de toda la vida de la Iglesia. Interesante también en esta parte la recomendación de leer la Escritura como disposición idónea para la oración: «La oración y la lección (de la Santa Escritura) hacen una muy buena compañía, porque la oración demanda, y la lección es la que nota lo que se ha de demandar» (II, 375).

En resumen, un catecismo en el que la Sagrada Escritura es protagonista y además de manera consciente. Desgraciadamente no pudo prácticamente ser leído en España. El pleito que el tribunal de la Inquisición llevó a cabo contra Carranza, que duró 16 años y que ter-

minó con el arzobispo y cardenal en la cárcel romana de Sant'Angelo, arrastró consigo también al catecismo recién editado. La edición, salvo algunos ejemplares, no llegó a España, se quedó en Amberes, sin que sepamos cuál fue su fin. Aquí en España los catecismos iban a tomar otros derroteros.

Efectivamente, quien compare el catecismo de Carranza con los catecismos de Ripalda y Astete, que fueron los catecismos predominantes en España hasta mediados del siglo XX, echará de menos toda referencia a la Sagrada Escritura. En los que yo estudié no se hacía referencia alguna a la Biblia, aunque, al ser una explicación del símbolo, de los mandamientos y del padrenuestro, era inevitable una referencia, al menos lejana, a la Sagrada Escritura. Fueron los catecismos que se impusieron desde los tiempos de la Contrarreforma hasta el concilio Vaticano II en nuestra Iglesia española. Pero no estuvieron solos. Junto a ellos, para bien y para mal, nace un compañero del catecismo, la historia sagrada.

El complemento de la Historia Sagrada

Efectivamente, a partir del siglo XVII nace como género literario específico, ligado cada vez más al catecismo, la historia sagrada, es decir, una historia del pueblo de Israel orientada hacia el nacimiento de Jesús Mesías, que se concluye con su muerte y resurrección y con la venida del Espíritu Santo y el nacimiento de la Iglesia, cuya historia en no pocos casos continúa la historia sagrada. En España la primera historia sagrada que conozco es la del gran obispo y escritor Juan de Palafox (1600-1659), que ocupa la larga introducción a su *Historia Real Sagrada* de 1643, reeditada posteriormente un par de veces, obra que se convertirá en un clásico del tema sobre todo en el siglo XVIII. Pero realmente, la obra que influyó en España decisivamente es el *Catecismo histórico* del clérigo e historiador francés Claude Fleury (1640-1723), publicado en Francia por primera vez en 1683, al que ya me he referido. A esta gran influencia, debida al gran prestigio de su autor como historiador, se añade el prestigio de su principal traductor. Porque, aunque tuvo alguna versión anterior, recibe toda su fuerza de la llevada a cabo por el ilustre mercedario y fundador de la Real Academia de la lengua, Juan Interián de Ayala en 1718. Sus ediciones son innumerables y llegan hasta el siglo XX en diversas formas y manipulaciones. Los ilustrados españoles apreciaron esta obra de manera explícita, y resultó ser uno de los modelos para construir la historia sagrada, además de imitarse el formato: de ahora en adelante la historia sagrada, más o menos amplia, precederá al catecismo doctrinal, como formando parte de él. Es

verdad que este formato no siempre se mantuvo. Pero sí se mantuvo en la catequesis y en la escuela el doble libro catequístico: la historia sagrada y el catecismo doctrinal. Yo mismo he vivido todavía este modelo, que se trasladó a las famosas enciclopedias escolares de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Estas historias sagradas tuvieron el gran mérito de ofrecer una cultura bíblica básica, aunque generaron la ilusión de que toda ella era igualmente histórica, con lo que se produjo una dificultad no pequeña, cuando empezó a aplicarse a la Biblia la crítica histórica¹¹. El movimiento bíblico y catequético recuperará la exposición bíblica de la historia de la salvación, superando de esta manera algunas de las limitaciones de la tradicional historia sagrada¹².

La reforma del movimiento catequético y las orientaciones del concilio Vaticano II. Situación actual

El movimiento catequético que nace en la Iglesia, especialmente en Francia, Alemania y Austria, con nombres tan ilustres como J.A. Jungmann, F.X. Arnold, K. Tilman, entre otros, y con el apoyo de papas como san Pio X, llega a España con fuerza en la primera mitad del siglo XX. No hay que olvidar la figura y la obra de Daniel Llorente, luego obispo de Segovia. Esta corriente insiste entonces en una catequesis cristocéntrica, se concibe la catequesis como una educación en la fe y se da una gran importancia a la historia de la salvación, subrayando la dimensión bíblica y litúrgica del mensaje catequístico. Esta es la dimensión que acogerá con naturalidad el concilio Vaticano II, que, si bien no trató en directo la cuestión, influyó de manera decisiva a partir de su tratamiento de temas básicos de la catequesis como la fe, la Iglesia y la Palabra de Dios.

El desarrollo posconciliar de la catequesis es ya una historia que estamos viviendo y que se plasma en España de manera oficial y por primera vez en el admirable catecismo, aunque poco práctico, *Con vosotros está*, aprobado por la CEE en 1972. Es un catecismo para preadolescentes que recoge plenamente las nuevas orientaciones: disposición claramente cristocéntrica, insertando en el programa la historia de salvación, con una orientación personalista. Es verdad que la peculiar línea pedagógica seguida y el método propuesto suscitaron muchos interrogantes. Pero, sin duda, es el primer catecismo que plenamente se adapta a la renovación catequética posconciliar.

11 Información más amplia en J.M. Sánchez Caro, *Biblia e Ilustración. Las versiones castellanas de la Biblia en el Siglo de las Luces*, Vigo, Ed. Academia del Hispanismo 2012, 31-71.

12 Según mis conocimientos, en España la primera publicación que expone la historia sagrada en clave de historia de salvación es la de la religiosa reparadora Margarita Riber, *Biblia y catequesis: Antiguo Testamento*, Madrid, PPC 1964; *Biblia y catequesis: Nuevo Testamento*, Madrid, PPC 1965.

Los catecismos actuales son en este aspecto modélicos. El catecismo para la iniciación sacramental *Jesús es el Señor* tiene una clara estructura cristocéntrica e incorpora desde la visión cristiana la historia de la salvación, además de dar una pequeña iniciación a la Biblia, la cual tiene una presencia predominante en sus páginas. Por otra parte, siguiendo la tradición de los catecismos de siempre, recupera la estructura de preguntas y respuestas, que deben ejercitar la memoria del niño y servir como síntesis de la fe profesada. Las mismas características, expuestas como es lógico con mayor amplitud, pueden encontrarse en el catecismo *Testigos del Señor*, que tiene una clara estructura cristológica e histórico salvífica, incorporando una gran abundancia de textos bíblicos e invitando a utilizar la Biblia. Aunque en el segundo catecismo han desaparecido en los capítulos las preguntas y respuestas, salvo una pregunta que suele presentarse al final del tema y tiene carácter de sumario, éstas se recogen al final y, por tanto, pueden ser usadas para fijar fórmulas y conceptos¹³.

3. La Biblia en los catecismos actuales

Biblia y catecismo en estos últimos tiempos han ido afortunadamente de la mano. Así, merece la pena subrayar que el catecismo *Con vosotros está* dio origen a la edición de la *Biblia para la iniciación cristiana*, preciosa presentación de la Biblia, con atinadas glosas al texto bíblico y con un texto lo más cercano posible al que se usaba en la liturgia. Esta bella edición tiene sin embargo tres defectos serios.

El primero es la decisión de extraer algunos textos del Antiguo Testamento en lugar de darlo completo. Se entiende la decisión desde el punto de vista de los editores. El volumen, en el formato elegido, hubiera sido tan grande que se habría vuelto casi inmanejable, especialmente para los adolescentes y jóvenes, a quienes iba dedicada. Por otra parte, la selección es abundante y permite hacerse una idea de todo el Antiguo Testamento. Pero, al no estar completa la Biblia, pierde su carácter de edición de referencia.

El segundo defecto es su propia presentación. Esta es bella y cuidada, pero... en tres tomos no pequeños. Esta fue una de las razones por las que en la Iglesia española nunca fueron populares versiones bíblicas como las de Scío y Torres Amat, presentadas en varios tomos. La pri-

13 Una buena presentación de estos últimos catecismos en los números monográficos «Catecismo *Jesús es Señor*», *Actualidad Catequética* 2178 (2008) 47200; «Catecismo *Testigos del Señor*», *Actualidad Catequética* 2423 (2014) 55120; especialmente interesante para nuestro caso Juan Ignacio Rodríguez Trillo, «La Palabra de Dios en el catecismo *Jesús es el Señor*», *Actualidad Catequética* 21920 (2008) 2542.

mera edición de la Biblia de Torres Amat en un solo tomo es de 1874, y se hace a imitación de las biblias protestantes en la versión de Reina y Valera, pero el editor produce todavía un tomo de tamaño folio, poco manejable y difícilmente transportable, si bien bellamente editado. Así, la *Biblia para la iniciación cristiana*, como las antiguas mencionadas, se quedó en los anaqueles de la escuela o de la parroquia, pero nunca pudo convertirse en Biblia personal del catecúmeno, que era lo que en último término se pretendía.

El tercer defecto es la introducción a la Biblia que ofrece el tomo suplementario III. Bellamente presentado, ofrece una introducción a la Biblia en sus temas básicos, demasiado elemental, no muy atractiva en cuanto a su contenido y difícilmente manejable. Sobre todo, porque la mayor parte de este tomo se dedica a un largo índice temático bíblico, poco práctico a la hora de la verdad.

Por su parte, los nuevos catecismos tienen la ventaja de reproducir los textos de la *Biblia de la CEE*. Y ésta, poco a poco, va encontrando formas y modos de presentarse en formato atractivo para adolescentes y jóvenes. El catecismo *Jesús es el Señor* inserta al comienzo una breve presentación de la Biblia en el contexto propio de la revelación (tema 3) y expone el contenido de la fe cristiana en el marco de la historia de salvación, cuyo centro, siempre presente es Cristo. Los distintos temas están esmaltados con frases bíblicas oportunas, aunque no siempre se resaltan de manera suficiente. En cualquier caso, la Sagrada Escritura no solo está presente, sino que ha condicionado el esquema de presentación. El juego de colores –la cita bíblica tiene siempre el color del tema– ayuda, aunque quizás hubiese sido más claro que las citas bíblicas tuviesen siempre el mismo color en toda la obra. Echo de menos en un determinado momento la entrega de la Biblia, que aquí podría ser el NT en una edición apropiada. Es la manera de poner directamente al niño en contacto con el texto bíblico, en un formato que le resulte manejable, aunque no todo de momento lo entienda. Con este catecismo se conocerán los elementos y personajes básicos de la Biblia, pero no saldrá el niño familiarizado con ella. A no ser que se considere que todavía no es el momento por la edad.

El catecismo *Testigos del Señor* amplía notablemente la presencia incluso material de los textos bíblicos. La parte segunda, «Jesucristo es la Palabra» es una buena iniciación a la Sagrada Escritura, situada como es propio en el contexto de la revelación. El n. 6 es una buena presentación de lo esencial sobre la naturaleza de la Biblia, aunque se deja un poco de lado su dimensión humana. Está plásticamente bien presenta-

da la composición de la Biblia en la doble página que a ello se dedica (48-49). A partir de aquí se desarrolla adecuadamente la historia de salvación, iniciando cada capítulo con un texto mismo de la Escritura. No estaría mal que en la catequesis este texto se pudiese leer directamente de la Biblia, aunque esto no será siempre fácil, debido a que en algunos casos se trata de un extracto de varios textos o de un texto más largo. El resumen de la historia de salvación a doble página, que concluye este tema (96-7), es un buen sumario para unificar todo lo aprendido. El inicio de cada sección con un texto bíblico se debilita a partir de aquí. A mí me parece que podría haberse ofrecido un texto bíblico un poquito más amplio, y después todas las explicaciones necesarias. En todo caso, queda claro que lo que enseña el catecismo tiene sus raíces en último término en la Palabra de Dios escrita. Y esto es lo fundamental. Echo de menos, como en el catecismo anterior, un momento que solemnizase la entrega de la Biblia (en una edición adecuada). Podría ser al principio o al final del ciclo. Lo primero tendría la ventaja de que podrían irse entrenando los catecúmenos en el manejo de la Biblia. Lo segundo, que puede ya entregarse una Biblia completa. Quizás podría entregarse a comienzos del último año, con lo que se podría conseguir un entrenamiento en el manejo de la Biblia y una mayor capacidad en el lector.

4. Usos complementarios de la Biblia: personajes, historias, milagros, parábolas

Los dos catecismos analizados ofrecen la posibilidad en determinados momentos de volver a la Biblia mediante lo que podemos llamar usos complementario de ella. A mi modo de ver, una manera de conocer mejor la Biblia en esta edad es a partir de las historias de algunos personajes bíblicos. Abrahán, Moisés, Jacob, David, Sansón, Josué y tantos otros personales del AT; Jesús, Pedro, Juan Bautista, el Hijo pródigo, Mateo, Juan y Santiago, Pablo, y tantos otros en el NT, pueden ofrecer relatos asequibles y atractivos a los catecúmenos de esta edad. Existen hoy materiales adecuados para esta lectura, pero se puede también usar directamente la Biblia, sobre todo en algunos casos, si bien resulta un poco más complicado. El uso de videos sobre personajes bíblicos, puede dar ocasión a una buena discusión sobre el significado del personaje, el tiempo en el que vive y su valor más importante para nosotros. Lo mismo se diga seleccionando relatos (historias), como por ejemplo la amistad entre David y Jonatán, el paso del mar Rojo por Israel, la torre de Babel en el AT; el nacimiento de Jesús, la llamada a los discípulos, el encuentro con la samaritana o con el joven rico, en el NT pueden ser relatos seleccionados en algún momento para entablar un

diálogo sobre los temas y valores que esos relatos proponen. Lo mismo dígase con relatos de milagros (p.ej. la curación del ciego en *Jn 9*). Y algo parecido puede hacerse con algunas parábolas.

En el fondo, se trata de entrar en el mundo bíblico por diversas puertas. El catequista o, en este caso, el profesor de religión, aprovechando diversas circunstancias puede utilizar estos modos de entrar en el mundo bíblico, aprovechando materiales existentes, para desembocar siempre en un diálogo que fomente la curiosidad por conocer mejor el texto mismo de la Biblia. Y este final es importante. No se trata de entretener a quienes impacientemente nos escuchan, sino de procurar con medios pedagógicos adecuados que se llegue al texto mismo de la Biblia, a su lectura, a su estima, a la práctica de manejar con naturalidad el libro bíblico, bien sea en una selección de libros, bien en una Biblia completa.

5. La lectura orante de la Biblia

Como ya he indicado, una de las maneras de la acercarse a la Sagrada Escritura, que los padres sinodales en el Sínodo sobre la Palabra de Dios propusieron, fue el de la lectura orante de la Biblia. Todos conocemos el origen y el mecanismo de la *lectio divina* monacal, que es el origen del método de la lectura orante de la Biblia. Ensayarlo alguna vez en contexto de oración, puede y debe ser una buena iniciativa del catequista en determinados momentos. No me extiendo aquí sobre el método, porque es bien conocido y hay una literatura abundante y asequible para ello. Quiero solo dejar constancia de que la lectura orante de la Biblia convendría que formase parte también del acercamiento del catecúmeno a la Escritura a lo largo de los distintos tiempos de la catequesis. Cuándo deba hacerse, a qué edad, con qué método, no es este el lugar para indicarlo. Pero quede constancia de que es en la catequesis, quizá en una catequesis posterior, donde debería aprenderse, al menos elementalmente, el uso de la Biblia para la oración, personal y comunitaria.

Final

Hasta aquí está larga disertación sobre la Biblia, libro para la catequesis.

III. Uso de la Escritura en catequesis: necesidades, dificultades, posibilidades

Introducción

Lo más importante acerca de la relación entre catequesis, catequista y Biblia ha quedado dicho prácticamente en los dos textos anteriores. Quiero sin embargo recoger en esta tercera algunas cuestiones, teóricas y prácticas, que pueden complementar lo anterior y dar ocasión a un diálogo fluido sobre el asunto. Primero, intentaré presentar de manera sobria la fundamentación teórica de la necesaria e imprescindible relación entre Biblia y catequesis. Después pasaré a presentar también muy brevemente dos cuestiones de tipo práctico: las dificultades que pueden surgir en el uso de la Biblia en la catequesis, y las posibilidades que hoy tenemos en este campo.

1. La necesaria presencia de la Biblia en la catequesis

Aunque ya he hablado incidentalmente de este asunto, y aunque ha sido tratado, y muy competentemente, en otros estudios, no está de más que resumamos aquí el fundamento de la imprescindible relación entre Biblia y catequesis, dicho de otra manera, la necesaria presencia de la Biblia en la catequesis.

Fundamentación teórica

El principio básico por el que se exige que la catequesis esté siempre unida a la Sagrada Escritura es la adscripción de la catequesis al ministerio de la palabra, es decir, a la misión de dar a conocer la palabra de Dios que contiene el mensaje de salvación. La constitución *Dei Verbum* del Vaticano II es explícita en este punto:

«La Sagrada Teología se apoya, como en cimientos perpetuos en la palabra escrita de Dios, al mismo tiempo que en la Sagrada Tradición, y con ella se robustece firmemente y se rejuvenece de continuo, investigando a la luz de la fe toda la verdad contenida en el misterio de Cristo. Las Sagradas Escrituras contienen la palabra de Dios y, por ser inspiradas, son en verdad la palabra de Dios; por consiguiente, el estudio de la Sagrada Escritura ha de ser como el alma de la Sagrada Teología. También el ministerio de la palabra, esto es, la predicación pastoral, la catequesis y toda instrucción cristiana, en que es preciso que ocupe un lugar importante la homilía litúrgica, se nutre saludablemente y se vigoriza santamente con la misma palabra de la Escritura» (n. 24).

Bien es verdad que palabra de Dios no se identifica sin más con Sagrada Escritura, ya que la palabra salvadora del Evangelio llega a los hombres por medio de tradiciones no escritas y por los libros de la Escritura inspirada, tal como afirma la sesión cuarta del concilio de Trento (EB 42; DS 1501). Pero también es cierto que la Sagrada Escritura contiene y es palabra de Dios, de acuerdo con la afirmación de la *Dei Verbum*, que acabo de proponer. Por consiguiente, la conexión entre catequesis y Escritura Sagrada es normal y connatural al ser y a la finalidad de la catequesis.

A decir verdad, en algunos momentos de la vida de la Iglesia esta relación entre catequesis y Sagrada Escritura, por diversas circunstancias históricas, ha sido menos visible. Pienso sobre todo en los tiempos posteriores a la reforma de Trento, y concretamente en la Iglesia española, donde llegó a estar prohibida la versión de la Biblia a las lenguas vulgares por más de dos siglos. Pero aún en este caso, el catecismo era una explicación del símbolo de la fe, síntesis de la Escritura sagrada, según los grandes padres y escritores eclesiásticos. Además, inmediatamente surgieron las historias sagradas, que fueron como el complemento de esos catecismos poco bíblicos. Cuando la Iglesia en pleno ha vuelto a considerar el interés y la importancia del contacto directo con la Escritura santa, ya sin los peligros que se pensó había en otros momentos de la historia, la presencia de la Escritura en la catequesis se ha hecho manifiesta y se ha comprendido que la necesaria unión de una y otra se manifiesta más plenamente y con más provecho para los fieles cuando se hace de manera más explícita y más abundante.

Este es el sentido de todos los documentos posteriores al Vaticano II. Así el Directorio General para la Catequesis de 1997, que en su número 127, después de constatar la enseñanza de la *Dei Verbum*, afirma que

«la Iglesia quiere que, en todo el ministerio de la Palabra, la Sagrada Escritura tenga un puesto preeminente. La catequesis, en concreto, debe ser “una auténtica introducción a la *lectio divina*, es decir, a la lectura de la Sagrada Escritura, hecha según el Espíritu que habita en la Iglesia”».

Y, citando la exhortación postsinodal de Benedicto XVI, *Verbum Domini*, ya aludí en la primera intervención al número 74, donde se nos dice que

«un momento importante de la animación pastoral de la Iglesia en el que se puede redescubrir adecuadamente el puesto central de la Palabra de Dios es la catequesis, que, en sus diversas formas y fases, ha de acompañar siempre al Pueblo de Dios».

Al mismo tiempo se recuerda allí, citando el Directorio General para la Catequesis, que «la catequesis ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas, a través de un contacto asiduo con los mismos textos».

La Biblia en las cuatro partes del catecismo: credo, mandamientos, sacramentos, oración (padrenuestro)

Consecuencia de ese principio general es que el catecismo debe inspirarse en la Escritura Sagrada, tal como ha sido comprendida en la Tradición viva de la Iglesia. Esta segunda precisión es importante. La Tradición viva de la Iglesia es, por una parte, el depósito de la verdad revelada y de la vida vivida en la Iglesia de todos los tiempos. Pero esto no basta. La Tradición viva de la Iglesia incluye, además, la acción del Espíritu Santo sobre la Iglesia, para descubrir en ese depósito las respuestas adecuadas a las preguntas de cada tiempo y cada cultura, para descubrir en ese depósito la palabra viva de Dios, capaz de dialogar con el creyente de cada tiempo en cada circunstancia.

Por tanto, y teniendo en cuenta las cuatro partes del catecismo tradicional, la palabra de Dios se refleja en las respuestas dadas a problemas de cada tiempo a lo largo de la vida de la Iglesia, siempre con una amplia apertura a las cuestiones del tiempo en que el catecúmeno recibe la instrucción cristiana precisa. Ahora bien, a la hora de elaborar el catecismo, cada una de sus partes hace presente la Sagrada Escritura de manera diferenciada. Así, en la parte doctrinal dedicada al credo, el catecismo debe resaltar la dimensión histórico-salvífica subyacente al símbolo de la fe, haciendo visible la expresión clásica de los Padres de la Iglesia (San Agustín, san Cirilo de Alejandría, como hemos visto), según los cuales el símbolo de la fe es una síntesis de lo contenido en las Escrituras. La segunda sección, dedicada a los mandamientos, debe recoger los mandamientos de Moisés, pero leídos con los ojos de Jesucristo, uno de cuyos ejemplos máximos tenemos en el discurso del monte, concretamente en Mt 5. Más difícil es a veces la relación directa entre Sagrada Escritura y algunos sacramentos, especialmente aquellos en los que no hay referencia directa sobre su institución por el Señor. Tanto en estos casos, como en aquellos otros en los que el sacramento aparece con toda claridad en la Escritura, el catecismo, aparte de citar los textos tradicionales, debe enriquecer la visión del sacramento con pasajes bíblicos que ayuden a la comprensión del sacramento. Pienso, p. ej., en el sacramento de la reconciliación, donde todo el sentido del sacramento no está solo en la entrega a Pedro de la potestad de perdonar, sino en el anuncio gozoso de Jesús acerca del Dios misericordioso

que acoge al pecador como un Padre, según la inolvidable parábola del hijo pródigo o del padre misericordioso. Finalmente, con respecto a la cuarta parte del catecismo, la oración y la liturgia, las palabras de Jesús son abundantes y el padrenuestro es sin duda el texto de referencia. Aquí también, el catecúmeno debe ser especialmente introducido en la vida litúrgica, donde la proclamación de la palabra de Dios mediante las lecturas bíblicas adquiere su lugar más propio y adecuado.

En todos los casos, el catequista debería tener siempre presente, que no se trata de referir únicamente textos bíblicos o de ilustrar con ellos algún punto doctrinal. Su tarea es más profunda y más bella. Debe acompañar al catecúmeno, para que logre una cercanía cordial con la palabra de Dios, para que aprenda a convivir con ella, a escucharla con sencillez, a convertirla en parte de su oración, a experimentar la compañía de Jesucristo cada vez que leemos la Escritura, pues en esa proclamación, externa o interna, de la palabra de Dios Cristo se nos hace misteriosa y realmente presente, como afirma la constitución sobre liturgia del Vaticano II *Sacrosanctum Concilium* 7, y retoma en su encíclica *Mysterium fidei* 5 el beato Pablo VI.

La constante referencia Biblia-catecismo, catecismo-Biblia

El catecismo, por tanto, a la vez que es compendio de la Escritura, como hemos visto que decían los padres de la Iglesia, nos presenta la fe tradicional de la Iglesia. Esto no significa presentar el contenido de la fe como algo siempre inamovible. Por apoyarse en la Escritura, leída y comprendida a la luz de la Tradición viva de la Iglesia, presenta en cada tiempo el contenido de la fe profesada por toda la Iglesia, siempre enriquecida por la luz del Espíritu y, por tanto, con la capacidad de dar respuesta a las nuevas preguntas que cada tiempo plantea a la cambiante vida humana y a la fe cristiana de todos los tiempos. Esto es lo que afirma la *Verbum Domini*, apoyándose en el Directorio General para la Catequesis, en el número 74 tantas veces citado:

«Es importante subrayar la relación entre la Sagrada Escritura y el Catecismo de la Iglesia Católica, como dice el Directorio general para la catequesis: “La Sagrada Escritura, como Palabra de Dios escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo y el Catecismo de la Iglesia Católica, como expresión relevante actual de la Tradición viva de la Iglesia y norma segura para la enseñanza de la fe, están llamados, cada uno a su modo y según su específica autoridad, a fecundar la catequesis en la Iglesia contemporánea”».

En este sentido, puede decirse que el catecismo nace de la comprensión que la Iglesia de cada tiempo tiene de la Escritura a la luz del Espíritu que en la misma Iglesia habita. Y, por consiguiente, la Escritura

recibe en el catecismo una interpretación fundamentada en la Tradición viva de la Iglesia, que ayudará al lector de la Biblia durante toda su vida. De este modo, la relación Biblia-catecismo es imprescindible, necesaria, dinámica y enriquecedora. El catecismo, en efecto, nace de la Sagrada Escritura como expresión compendiosa del evangelio de Jesucristo, y, a la vez, enriquece la lectura de la Sagrada Escritura, actualizándola a la luz de la Tradición viva de la Iglesia.

Esta es la última razón por la que catecismo y Biblia son inseparables. Y, por eso mismo, el catecismo ha de ser la mejor introducción a la Biblia y su viva interpretación eclesial. A mi juicio, los dos catecismos que analicé en la intervención anterior cumplen suficientemente esta misión, siempre naturalmente que sean utilizados con inteligencia por el catequista. Tienen además, como elemento muy positivo, que organizan su exposición en un esquema amplio y flexible de la historia de la salvación, que conecta con el mundo y el catecúmeno de hoy, lo que es especialmente visible en el catecismo *Testigos del Señor*.

2. Posibilidades para el uso de la Biblia en la catequesis

La exhortación postsinodal *Verbum Domini*, en su número 74 como ya hemos visto, inicia su presentación de la relación entre Biblia y catequesis con una clara alusión al encuentro de Jesús con los discípulos que caminan hacia Emaús:

«El encuentro de los discípulos de Emaús con Jesús, descrito por el evangelista Lucas (cf. *Lc 24, 1335*), representa en cierto sentido el modelo de una catequesis en cuyo centro está la «explicación de las Escrituras», que solo Cristo es capaz de dar (cf. *Lc 24, 2728*), mostrando en sí mismo su cumplimiento».

Si he entendido bien esta afirmación, se nos está diciendo que el conocido pasaje evangélico es a la vez una indicación de la centralidad de la Escritura en la catequesis y, al mismo tiempo, una sugerencia metodológica. Veamos ambas cosas.

La integración de la Biblia en los catecismos

En el clásico relato, Lucas refleja con toda seguridad el modo de leer la Escritura existente en la comunidad cristiana que él conoce. Una Escritura que en estos momentos coincide con la Biblia hebrea en su versión griega de los Setenta y que pronto se convertirá en el Antiguo Testamento. El método propuesto consiste en leer e interpretar toda la Escritura sistemáticamente y en clave de historia de salvación desde la

atalaya del misterio de la muerte y resurrección de Cristo, explicando cómo entre todos los acontecimientos de esa historia los hay que se refieren a Cristo y encuentran en Cristo su plena realización. La historia de la interpretación de la Biblia nos informa de cómo se ha prolongado este modelo en distintos momentos y en distintas situaciones. Y ello nos explica por qué contra marcionitas y gnósticos la Iglesia nunca quiso prescindir del Antiguo Testamento. No podía hacerlo, si no quería traicionar lo aprendido del mismo Jesús y de la Iglesia apostólica.

¿Cómo integrar esto en la catequesis y en el catecismo en concreto? Es probable que el relato de Lucas refleje más una interpretación en el contexto litúrgico que en el de una catequesis. De hecho, el pasaje lucano concluye con la fracción del pan, es decir, con la celebración de la eucaristía, momento en el que se lleva a cabo el reconocimiento decisivo por los discípulos del Señor resucitado. Sin embargo, no deja de ser también un ejemplo del modo de tratar la Escritura en la catequesis, pues se trata de una enseñanza dirigida a discípulos, parece sistemática (comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras, v. 27) y culmina en la celebración litúrgica de la eucaristía, lo cual nos da el contexto de la catequesis en la comunidad cristiana primera, donde los catecúmenos se preparaban para recibir el bautismo y participar en la eucaristía, aspecto éste que se refuerza con las catequesis mistagógicas.

Sea como fuere, encontramos aquí dos elementos metodológicos que debería tener en cuenta toda catequesis a la hora de trabajar con la Biblia: el principio de la historia de la salvación, por supuesto desde una centralidad cristológica, y la lectura tipológica, tan característica del uso de la Biblia en la liturgia. Lo primero es muy importante. Las antiguas historias sagradas parten de esta manera de leer la Biblia, aunque derivan hacia un historicismo que hace el relato quizás más entretenido, pero dejan a un lado la exactitud histórica y pierden con frecuencia fuerza cristocéntrica. El método, por ejemplo, del catecismo *Testigos del Señor* se ajusta bastante a esta orientación. Más complicado es la aplicación del método tipológico, que yo reservaría para la liturgia. En la catequesis parece más adecuado ver cómo la historia, dirigida por la providencia divina, por el Espíritu Santo, se dirige hacia la plenitud de los tiempos en Jesucristo. Esta es también otra manera de mostrar cómo en toda la Escritura se encuentran pasajes y hechos que, en último término, se refieren a Jesucristo.

Además de lo anterior, en la misma exhortación *Verbum Domini*, citando el *Directorio General para la Catequesis*, se nos recuerda que la

catequesis «ha de estar totalmente impregnada por el pensamiento, el espíritu y las actitudes bíblicas y evangélicas, a través de un contacto asiduo con los mismos textos». Se trata claramente de una invitación a usar en la catequesis el lenguaje bíblico, al mismo tiempo que a hacer referencia constante en las propuestas catequéticas a la Sagrada Escritura. Lo primero es algo que se logra con el uso de la Escritura. En los escritos de los grandes Padres de la Iglesia y de los escritores eclesiásticos uno se admira con frecuencia del lenguaje que usan, entreverado constantemente de referencias explícitas o implícitas a la Escritura, sin que necesariamente estén utilizando sus textos. Esto ocurre incluso en aquellos santos y autores espirituales, que no pudieron leer la Escritura directamente en su lengua, como es el caso de santa Teresa, pero que fueron capaces de absorberla a través de las predicaciones, las lecturas indirectas y sobre todo la meditación de la vida de Jesús. Por supuesto, no se trata de probarlo todo con textos bíblicos. Pero siempre encontraremos en la Escritura el pasaje que nos ayuda a exponer un tema, que sustentan su contenido o, simplemente, que la complementan. Esto es lo que hace en muchos casos el *Catecismo de la Iglesia Católica*, cuyo lenguaje a veces es más académico que bíblico, pero que siempre busca la referencia bíblica directa o comentada por los grandes escritores y documentos de la Tradición cristiana.

Desde el punto de vista pedagógico, sobre todo en determinados momentos y según la edad de los catecúmenos, el conocimiento de figuras bíblicas del AT y NT es una manera siempre útil, interesante y práctica de ayudar a la trasmisión de la fe. Figuras bíblicas, hechos significativos y expresiones propias del texto sagrado con instrumentos que deben usarse, según la prudencia del catequista, para acercar la Biblia al catecúmeno. Por supuesto, la figura central, que jamás puede faltar, es la de Jesucristo, centro de toda la Escritura y del catecismo entero.

Finalmente, no debemos olvidar que el modo de comunicar es en la catequesis muy importante. El catequista, y el mismo catecismo, tienen la tarea de comunicar de manera vital la historia de la salvación y los contenidos de la fe de la Iglesia. La catequesis no es una clase aséptica, fría y distante, como la que se puede dar en un aula académico. Los consejos que san Agustín da al diácono Deogracias en la obra que antes estudiamos acerca de cómo comunicar el contenido de la fe cristiana siguen teniendo vigencia hoy. Estamos comunicando el conocimiento de quien ha vencido la muerte y vive en medio de nosotros, en quien creemos, quien sostiene nuestra esperanza y quien nos mueve a hacer del amor el criterio de nuestra vida. La catequesis comunica conocimientos, por supuesto, pero sobre todo afianza la fe del catecúmeno. Es importante

explicarle quién es Jesús en la historia de los hombres, pero es decisivo ayudarlo a encontrarse con él como con un contemporáneo en nuestra historia personal. A esto ayudará en determinados momentos transformar nuestra catequesis bíblica en lectura orante de la Biblia, enseñar a leer y orar con la Escritura, de modo que los relatos bíblicos pasen de nuestra memoria y nuestra cabeza al corazón mismo de nuestra vida.

Las Biblias para niños, modernas historias sagradas.

Las Biblias para adolescentes y jóvenes. ¿Regalar la Biblia en la catequesis?

Con el deseo de ser prácticos, lo que acabo de decir debería completarse con una selección de materiales para ayudar a integrar la Biblia en la catequesis y en la cultura cristiana de nuestros catecúmenos. Afortunadamente, existen hoy numerosos materiales, unos más útiles que otros, pero todos aprovechables. No soy yo quién para juzgarlos, ni siquiera para conocerlos todos. Probablemente quienes esto leen los conocen mejor que yo, y en los secretariados diocesanos de catequesis con toda seguridad hay una buena selección de estos materiales. Simplemente quisiera ofrecer algunos criterios a partir de lo que acabo de decir, para juzgar cuál es el que mejor conviene.

Comencemos con las Biblias para niños. En realidad, son las modernas historias sagradas de toda la vida. ¿Cuál podemos recomendar? Aparte la dignidad de su edición, que generalmente es buena en casi todos los casos, debemos procurar que no se queden en meras historias sagradas, relatos más o menos interesantes, que acaban en sí mismos. Siempre serán preferibles aquellas publicaciones que orientan la presentación de los textos o hechos bíblicos en la línea de una historia de salvación, con referencia más o menos explícita a Jesucristo como plenitud de los tiempos. Deben también evitarse las publicaciones que insisten en los hechos maravillosos como si fueran literalmente históricos. Este ha sido uno de los problemas de las antiguas historias sagradas. Porque, cuando el lector empieza a leer críticamente la Biblia, descubre que no todo es histórico, y puede llegar a la conclusión de que la Biblia entera es un conjunto de historias fantásticas sin fundamento real, con lo que la misma Biblia acaba por no entenderse, ni interesar. Mejor aquellas publicaciones que insisten, como digo, en el significado religioso de los hechos, con la necesaria orientación cristológica en el AT y la referencia a la fe en Jesucristo en el NT. Es importante que, en un momento determinado, el niño, o el catecúmeno adulto, pueda leer el mismo texto bíblico, aunque sea en un lenguaje adaptado a su capacidad de comprensión, y aunque solo sea dándole de vez en cuando breves textos de la misma Biblia.

Qué Biblia regalar. Me refiero ahora al mismo texto de la Escritura. Yo sería partidario de entregar un evangelio, o los evangelios y Hch, o, un poco más adelante, los evangelios y los salmos. Una Biblia completa es un texto muy difícil para un adolescente de nuestro tiempo. Puede regalarse en una de las ediciones preparadas para ellos. *La Biblia joven*, cuya presentación me parece muy positiva, para ayudar en la lectura directa de la Biblia. A ser posible, al menos durante la edad escolar, se debe ofrecer la Biblia con el texto oficial de la CEE, ya que es la va a encontrar en el catecismo y en la liturgia. Esto facilitará el mejor conocimiento del texto e incluso su aprendizaje de memoria. Sobre las traducciones de la Biblia existentes en este momento en España e Hispano América no podemos entrar aquí, aunque espero ofrecer en algún momento un ensayo sobre todas las traducciones de la Biblia a nuestra lengua.

3. Las dificultades del uso de la Biblia en la catequesis

Concluyo con una breve referencia a algunas dificultades con que puede encontrarse el catequista a la hora de manejar la Biblia e integrarla en su catequesis. A mi juicio, las dificultades surgen de tres capítulos concretos: las que nacen de la Biblia misma, las que nacen de integrar la Biblia en la catequesis, las que le plantean al catequista los catequizandos como preguntas difíciles en la catequesis. No se trata de estudiar todas estas dificultades aquí en este momento. Simplemente de señalar esas dificultades e indicar cómo pueden solucionarse.

Dificultades nacidas de la Biblia misma

La Biblia no es un libro fácil. Ya lo he dicho más de una vez en este ensayo. La Biblia puede plantear dificultades desde su confrontación con los conocimientos científicos de quien la usa, desde sus inexactitudes históricas, desde los textos violentos ajenos a una mentalidad cristiana, desde algunas manifestaciones culturales hoy difícilmente aceptables en nuestra sociedad (p.ej. el papel de las mujeres), desde sus relatos milagrosos, desde la intervención directa de Dios, desde las pasiones a Dios atribuidas (ira, venganza). Es solo una pequeña enumeración. A la hora de formar a nuestros catequistas, deberemos tener en cuenta estas dificultades. Es muy importante ayudarles a comprender lo que son los géneros literarios; ayudarle a comprender que la Biblia es un libro plenamente humano y, por consiguiente, dependiente de una cultura concreta en un tiempo determinado, con su propio conocimiento y desconocimiento científico; ayudarle a entender el modo de expresarse en una cultura que atribuye directamente

a Dios todo, usando unos antropomorfismos que no son asumibles por nuestra cultura actual. Preguntas como, qué hay de verdad en la creación del mundo en seis días, en la creación de Adán y en la creación de Eva de la costilla de Adán, qué significa la edad altísima de los patriarcas antediluvianos, qué hay de histórico en los relatos patriarcales o en los del Éxodo, cuál es el significado de los milagros de Jesús, o de sus exorcismos (tan frecuentes en Mc, el evangelio que se lee en la liturgia de los domingos del ciclo B), y tantas otras, deben ser tenidas en cuenta, sobre todo si damos catequesis de confirmación a adolescentes, o si organizamos una catequesis de adultos. Es obligación de las instituciones diocesanas oportunas ayudar a nuestros catequistas a comprender estas dificultades y saber dar cuenta de ellas, para que sepan reaccionar cuando se las planteen sus catecúmenos. Pedir a los conocedores de la Escritura que haya en la diócesis, o otros fuera de ella, que nos ayuden a plantear estos temas, puede ser de un grande interés.

Puede haber otras dificultades nacidas de la Biblia. Por ejemplo, por qué determinados libros se han integrado en la Sagrada Escritura, cuando parecen tan extraños a ella: pienso en Crónicas, Eclesiastés, Apocalipsis... En este caso hay que recordar la necesidad de una lectura de la Biblia teniendo en cuenta su unidad, leyéndola desde la plenitud del evangelio de Jesucristo y guiándonos por su interpretación autorizada en la comunidad que es la Iglesia, iluminada por el Espíritu, especialmente por medio de su Magisterio.

Dificultades de integración de la Biblia en la catequesis

Este tipo de dificultades ya lo he indicado en el apartado anterior. Para solucionar esta dificultad es muy importante contar con un catecismo que haya hecho ya la integración de la Biblia en el tema de catequesis. También ayudará la lectura cordial de textos bíblicos hecha personalmente por el catequista, y así como la práctica y experiencia a la hora de proponer los temas. Esta dificultad es más propia de quien organiza la catequesis, de quien compone los catecismos, de quien ofrece las grandes directrices para ello. Nuestro catequista se sentirá siempre arropado con un buen catecismo y una edición de la Biblia asequible a sus conocimientos.

Preguntas difíciles sobre la Biblia en la catequesis

Ya he aludido a ellas. Nos las van a hacer los catequistas a nosotros. Se las van a hacer los catecúmenos a los catequistas. Es conveniente individualizarlas, Y, cuando salen, buscar siempre una respuesta, que

responda con la verdad de los datos, no disimulando la solución. Por ejemplo, debemos decir que la creación no se lleva a cabo materialmente en seis días. Debemos informar, en la medida en que pueda ser entendido, que no hay ninguna justificación para la inferioridad de la mujer en los relatos del nacimiento de Eva y de su comportamiento en el paraíso. Y llegará un momento en que debemos detenernos ante el misterio, por ejemplo ante la encarnación de Jesús en María, buscando razones de conveniencia, pero reconociendo nuestra ignorancia y aceptando el misterio, porque no podemos abarcar los proyectos de Dios, ni pretender entenderlo totalmente. En estos casos, es inútil que nos empeñemos en dar razones suficientes. El catequista, como por otra parte y a su nivel el teólogo, debe hacer presente, cómo esos misterios no son absurdos, entran dentro de lo que es una fe razonable, que sabe aceptar los límites que tenemos ante Dios, pero quiere ser siempre amigo de la razón. En estos casos, el criterio pedagógico es siempre exponer la verdad, pero la verdad que cada uno puede en cada momento recibir.

4. Decálogo del catequista sobre la Biblia

En un cursillo sobre la Biblia, dirigido a catequistas hace ya muchos años, compuse como resumen final de todo cuanto había intentado comunicarles una serie de orientaciones, que titulé un poco pretenciosamente «Decálogo del catequista». Como final de este ya largo ensayo, ofrezco a todos los catequistas estos consejos sobre la relación entre la Biblia, la catequesis y el catequista.

1. Amarás la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura con todo tu corazón y con toda tu alma, anteponiéndola a cualquier otra palabra humana.
2. Usarás siempre la Biblia con respeto, harás todo lo posible para que otros la estimen, la acojan y la reciban con el mismo respeto y amor con que tú lo haces.
3. Leerás la Sagrada Escritura con atención, la meditarás con detenimiento, orarás confiadamente con ella, la contemplarás con gozo, tratarás con ánimo de llevarla a la vida.
4. Leerás de manera regular la Biblia y tratarás de mantener al día tus conocimientos sobre ella mediante alguna lectura o actividad acomodada a tu preparación, que te ayude a conocerla y a comprenderla mejor.

5. Leerás e interpretarás la Sagrada Escritura con el mismo espíritu con que fue compuesta, abriéndote a la luz del Espíritu Santo que habita en la Iglesia.
6. Acogerás con gozo y fidelidad las enseñanzas de la Iglesia sobre la Escritura, sabiendo que ella es el libro de la comunidad, de la Iglesia entera, donde Dios sale a nuestro encuentro para conversar con nosotros.
7. Harás de la Palabra de Dios contenida en la Escritura fuente de tu vida y de la vida de tus catequizandos y alumnos, ayudándoles a manejarla, a estimarla, a leerla, a conocerla cada vez mejor.
8. Enseñarás a leer la Escritura y a amarla en tus catequesis y clases de religión, de modo que la Biblia o parte de ella, especialmente los evangelios, se conviertan en uno de los libros más familiares de tus catequizandos y alumnos.
9. Orientarás tu vida y la de aquellos que la Iglesia te encomiende en la catequesis o en la escuela a la luz de la Palabra de Dios, especialmente de la Palabra de Jesucristo, tal como se expresa en la Sagrada Escritura y como la entiende la Iglesia.
10. Enseñarás a tus catequizandos y alumnos a rezar y a orar con la Biblia, ayudándoles a gustar los salmos, a descubrir el gozo del encuentro con Dios en la lectura orante de la Biblia.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: acogerás con amor la Palabra de Dios en la Sagrada Escritura, y trabajarás como catequista para que otros la puedan acoger de la misma manera que tú lo haces, participando así de tu mismo gozo y alegría.

Indicación bibliográfica

JUAN CARLOS CARVAJAL BLANCO, «La Sagrada Escritura en la catequesis de Iniciación Cristiana», en Jorge J. Fernández Sangrador, Juan A. Mayoral (eds.), *La Sagrada Escritura en la Iglesia*. Actas del Congreso con motivo de la publicación de la Sagrada Biblia, versión oficial de la Conferencia Episcopal Española (7 al 9 de febrero de 2011), Madrid, BAC 2015, 267-298.

JUAN CARLOS GARCÍA DOMENE, «Catequesis e Historia de la salvación», en *La Sagrada Escritura en la Iglesia*, op. cit. 417-446.

JUAN LUIS MARTÍN BARRIOS, *La dimensión bíblica de la pastoral catequética en España desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días*, Roma, Pontificia Universitas Salesiana, 1992.

MIGUEL ÁNGEL MEDINA ESCUDERO, «El contenido y la práctica de la catequesis; eco de la Palabra viva de Dios», *Teología y Catequesis* 139 (2017) 41-67.

JULIÁN RUIZ MARTORELL, «La Palabra de Dios en el proceso de iniciación cristiana», *Actualidad Catequética* 245-6 (2015) 53-73 (buena selección de textos del Magisterio).

«El Catecismo *Testigos del Señor*», *Actualidad Catequética* 242-3 (2014) 55-120 (monográfico).

JULIÁN RUIZ MARTORELL, «La Sagrada Escritura en la identidad y formación del catequista», *Actualidad Catequética* 233-4 (2012), 70-92 (buena selección de documentos del Magisterio, hecha por el obispo de Jaca y Huesca).

ÁNGEL RUBIO CASTRO, «La Palabra de Dios en el Sínodo de los Obispos y consecuencias catequéticas», *Actualidad Catequética* 224 (2009) 45-54 (buena síntesis del obispo de Segovia a partir de las proposiciones del Sínodo, antes de la VD).

«El Catecismo *Jesús es Señor*», *Actualidad Catequética* 217-8 (2008) 47-200 (monográfico)

JUAN IGNACIO RODRÍGUEZ TRILLO, «La Palabra de Dios en el catecismo *Jesús es el Señor*», *Actualidad Catequética* 219-20 (2008) 25-42 (buen trabajo sobre el tema).

ANTONIO M^a ARTOLA, JOSÉ M. SÁNCHEZ CARO, *Biblia y Palabra de Dios*, Estella, EVD 1995, 4^o ed.

LUIS RESINES LLORENTE, *La catequesis en España. Historia y textos*, Madrid, BAC 1997.

MARGARITA RIBER, *Biblia y catequesis: Antiguo Testamento*, Madrid, PPC 1964; *Biblia y catequesis: Nuevo Testamento*, Madrid, PPC 1965.